



Notas de investigación

De jóvenes, cuerpos y alimentos: la reconstrucción de un itinerario de investigación

Karine Tinat

Presentación

A LO LARGO de estas líneas, quisiera restituir y reconstruir brevemente lo que ha sido hasta hoy mi itinerario en el mundo de la investigación. Este ejercicio tiene dos objetivos. Primero, será una forma de delimitar algunos contornos de un perfil de investigadora y presentarme a la comunidad de El Colegio de México, institución de la que formo parte desde el 1 de julio de 2007. Segundo, suspendiendo el tiempo y mirando hacia atrás, se tratará de hacer el balance de los últimos diez años con el fin de develar los puentes y los puntos de coherencia —tanto a nivel temático como a nivel teórico y metodológico— entre los diferentes proyectos que llevé a cabo. Cuatro periodos marcan este decenio y seguiré un orden cronológico.

Los años de doctorado: “el descubrimiento de la antropología de la comunicación”

“¿Está usted segura de querer estudiar a los *pijos*?” me preguntó, con una mirada a la vez preocupada y entretenida, Jean-Marie Lavaud de la Universidad de Borgoña, una tarde de octubre de 1998. Dos años antes, gracias al sistema europeo de intercambio universitario Erasmus, me había inmiscuido en distintas facultades de la Universidad de Murcia para poder recibir una enseñan-

za completa que correspondiera a mi formación interdisciplinaria.¹ En la facultad de Derecho, una palabra hacía furor entre los estudiantes: “¡Qué *pijo*! ¡Qué *pija* es ésta!” Esta frase común era a la vez despectiva pero no siempre: todo dependía de los propios emisores y receptores del calificativo. Más allá de estos efectos de “lenguaje de moda”, percibí que había una realidad más profunda en relación con la historia social, económica y política de España.

A veinticinco años de la muerte del General Franco, diez años después del final de la Movida y en plena fase de éxito del gobierno de José María Aznar, parecía surgir o “renacer” en la sociedad española un grupo juvenil urbano denominado los *pijos*. Descendientes de la clase media o alta, estos jóvenes de actitudes elegantes eran aficionados a las marcas indumentarias y los ocios, y se preocupaban por tener una profesión bien remunerada. En ese contexto de triunfo del Partido Popular, de crecimiento económico y de visibilidad internacional del país,² me planteé los objetivos siguientes: 1) describir la realidad social y cultural de este grupo juvenil a través de sus prácticas, sus ritos, sus códigos y comportamientos estéticos; y 2) entender la construcción de su identidad social y su estilo de vida en el espacio urbano. Como problemática general, el estudio se propuso “la construcción de un estilo de vida como proceso identitario”.³

Inscrita en Ciencias de la Comunicación, la investigación se realizó bajo dos ángulos epistemológicos: la “semiótica” o “semio-pragmática” y la “antropología de la comunicación”. La detección de la vida de los signos dentro de la vida social de los *pijos* implicaba interesarse por todos los signos emergentes, de naturaleza indumentaria, conductista o discursiva. Ser *pijo* o no serlo consistía en desplegar o no todo un conjunto de signos en la vida cotidiana. Sin embargo, más que registrar estos signos y construir tipologías, parecía más fecundo entender qué sentido tenían en los contextos sociales e interaccionales. Este trabajo intentó vincular sistemas, dispositivos con el juego de los actores. Según Boutaud, el acercamiento semio-pragmático, el cual vincula el texto (verbal y visual) y el contexto (social, cultural e interaccional),

¹ En 1997 obtuve la “Maîtrise” de “Langues Etrangères Appliquées”, en la Universidad de Orléans —con las equivalencias obtenidas en la Universidad de Murcia—; y, en junio de 1998, concluí un “DEA” de “Culture et Communication dans le monde hispanique contemporain”, en la Universidad de Borgoña.

² Según Bennassar y Bessière (1991), los Juegos Olímpicos en Barcelona y la Exposición Universal de Sevilla constituyeron el punto de partida del crecimiento económico y del resplandor internacional de España.

³ El título definitivo de la tesis fue *Identité et culture d'un groupe juvénile urbain: Les pijos de Madrid. Ouvertures théoriques et travail de terrain*. El doctorado se realizó bajo la tutela de Jean-Marie Lavaud y Jean-Jacques Boutaud; se defendió el 13 de diciembre de 2002.

permite el análisis de la forma y el sentido de los mensajes y de su entorno, dentro de situaciones y espacios sociales simbólicos que exigen de los actores que edifiquen una imagen de ellos mismos (Boutaud, 1998:10).

Este primer enfoque se conjugaba con el segundo pues mi propósito era, ante todo, situarme del lado de los actores para entender su funcionamiento. La lectura de la obra *Anthropologie de la communication* fue entonces decisiva: busqué a su autor, Yves Winkin, quien me recibió en su seminario semanal, en la Escuela Normal Superior de Fontenay. Más que una disciplina en sí, la antropología de la comunicación es una actitud de investigación que indaga etnográficamente los comportamientos, las situaciones y los objetos que se perciben dentro de una comunidad dada como portadores de un valor comunicativo (Winkin, 1996:8). Si las inspiraciones teóricas de esta postura pueden ser elásticas, ya que abarcan, entre otros, los escritos de Dell Hymes, Ward Goodenough, Ray Birdwhistell, Edward T. Hall y Erving Goffman, la metodología, en cambio, debe ser firme y homogénea y estar fundamentada en un trabajo de campo largo, “micro” y profundo para una mayor empatía con el grupo estudiado.

Varias estancias en Madrid, cuya totalidad representa 18 meses, permitieron la realización del trabajo de campo entre 1999 y 2001. Como primera herramienta de investigación, utilicé cinco cuestionarios que apliqué a 100 estudiantes (con edades entre 19 y 25 años) de la facultad de Derecho de la Complutense. Este método era esencial para inmiscuirme en los grupos de jóvenes y recolectar un abanico de datos invariantes. El segundo método fue el de la observación participante. Estuve presente en lugares públicos y semi-públicos durante mucho tiempo y participé en las interacciones sociales. Posteriormente, transcribía en mi diario de campo lo que había ocurrido en el “aquí y ahora”. Esta segunda aproximación, desprovista de todo artefacto que obstruyera la interacción, me permitió identificar los cuadros de análisis más pertinentes de la investigación.

En un primer momento, el estudio demostró que el nombre *pijo*, difícilmente definible y vinculado con un estereotipo negativo, planteaba un problema de identificación y de posicionamiento de los jóvenes con respecto a éste. Sólo una minoría de ellos se reconocía como tales. Las distintas definiciones proporcionadas develaron la articulación de una lógica identitaria entre los *no-pijos* y los *pijos afirmados* a partir de un esquema titulado “lógica del ser y del tener” (Tinat, 2004:69).

La segunda parte del estudio puso en evidencia que los lugares *pijos*, que dibujan una territorialidad en Madrid, presentaban un carácter tradicional o una estética “moderna y americanizada”. Aclaré luego varios puntos sobre los valores ideológicos y religiosos de estos jóvenes. Por un lado, al

contrario de lo que “se solía escuchar”, sólo una minoría de ellos apoyaba los valores del franquismo. La mayoría no se interesaba por ese episodio del pasado. En cambio, los resultados del cuestionario sobre el “20-N” —fecha conmemorativa del fallecimiento de Franco— comprobaron que los jóvenes estudiados provenían globalmente de las familias burguesas que “vivieron bien” bajo la dictadura. Por otro lado, una mayoría de estos *pijos* practicaba la religión católica e incluso algunos pertenecían al *Opus Dei*. Por último, desconstruyendo entrevistas con las herramientas analíticas de la intersubjetividad, fue posible entender las estrategias empleadas por los sujetos para manejar su propia identidad en la interacción con “el otro”. Se interpretaron también los objetos de los *pijos* como operadores socio-semióticos y el papel de los medios de comunicación en la construcción identitaria.

En un tercer momento y para completar la descripción de estos jóvenes, me acerqué al funcionamiento de tres espacios de ocio: la cafetería de la facultad de Derecho San Pablo-CEU; la discoteca Pachá y la estación balnearia Marbella. Pude profundizar el proceso de construcción identitaria del grupo gracias a: 1) la teoría del encanto (Winkin, 2002); 2) la observación de lo “micro” inspirándome de la obra goffmaniana; y 3) autores como Bourdieu (1998) para observar el funcionamiento de las relaciones de género. Por una parte, estos lugares estéticos, “esterilizados y lujosos”, demasiado bellos y limpios para ser reales, parecían expresar la identidad del grupo. Por otra parte, los *pijos* se reflejaban en modelos “supremos” —celebridades, VIP y Jet-set— para llegar al encanto. A través de estos tres espacios-tiempos, constaté también la perpetuación de modelos jerárquicos entre jóvenes de la clase alta y los de la clase media-alta, así como entre los chicos y las chicas.

Con ojos de extranjera, me dediqué a la descripción minuciosa de este fragmento de la sociedad española. El núcleo de la tesis estuvo en esta reconstrucción de la identidad social de los *pijos*, cuya dificultad estribó en la constante oscilación entre hechos objetivos y efectos de subjetivación. Para resolver este balanceo y demostrar que los *pijos* no formaban una clase gregaria con códigos inmutables, diseñé el espacio de sus estilos de vida (Tinat, 2004:73). Dos ejes delinearon este espacio: la dialéctica tradición/modernidad (o sedimentación/innovación del concepto de identidad narrativa de Ricoeur) y la dialéctica racionalidad/ludicidad (o esquemas de percepción y apreciación/principio generador de prácticas del concepto de *habitus* de Bourdieu). En función de su cotidianidad y de las imágenes que construían en la interacción, los jóvenes podían recurrir a distintos tipos de figuras para afirmar su identidad social: el *dandy*, el *snob*, el *gentleman*, la celebridad o la figura anónima...

Como para todo futuro investigador, el doctorado constituyó para mí una etapa esencial. Deseo destacar aquí dos niveles. Primero, logré encontrar

un anclaje disciplinario —el de la antropología y de la sociología— que me permitió caminar en senderos teóricos y metodológicos sólidos. A mi juicio, el doctorado es sinónimo de placer: tenemos tiempo a la vez para alimentarnos de autores, cuya obra aclara facetas enteras de nuestra propia investigación, y para “jugar” con los datos del trabajo de campo. Como otras, mi estudio se pareció a una gran operación de “bricolage” en términos lévi-straussianos. A partir de materiales heterogéneos, “fabiqué” un producto final compuesto que tradujera la realidad social de los *pijos* madrileños. Contemplar este grupo juvenil como un “hecho social total” o reunir diversos aspectos (territoriales, religiosos, ideológicos, indumentarios, etc.) para integrarlos en un sistema, “el espacio de estilo de vida”, fue la meta planteada, la cual nunca se logra de manera exhaustiva. Lo importante, como lo escribe Lévi-Strauss, es que “para comprender adecuadamente un acto social es necesario considerarlo *en su totalidad*, es decir, desde fuera, como una cosa, pero como una cosa de la que forma parte integrante la consideración subjetiva (consciente o inconsciente) que adoptaríamos si, hombres al fin, viviéramos el hecho como un indígena y no como un etnógrafo” (citado en Mauss, 1979[1950]:26). En mi tesis, la prueba más evidente de la aplicación de esta aproximación fue la presencia de extractos de mi diario de campo, que describían hechos objetivos coloreados de mi apreciación subjetiva.

Segundo, estos cuatro años fueron marcados por una socialización en el mundo de los investigadores: un aspecto no menos importante que la propia investigación. Yves Winkin no sólo me recibió en su seminario de la Escuela Normal, sino que me animó a participar en diversos encuentros. Así, con la timidez característica de todo doctorante, presenté avances de mi estudio en los dos congresos de la *European Association of Social Anthropologists*, en Cracovia en 2000 y en Copenhague en 2002. Asimismo, tuve el privilegio de ir al castillo de Cerisy para reflexionar sobre “la recepción internacional de la obra de Pierre Bourdieu”. Eso fue en julio de 2001, seis meses antes de su fallecimiento. Como lo (re)quiere la tradición de Cerisy, éramos unas 30 personas conviviendo “a puerta cerrada” durante ocho días. Mientras tomábamos café entre dos sesiones, se grabó en mi mente la voz del gran maestro: “Termine su tesis, no es la obra de su vida”.

El post-doctorado: “la feminidad en la anorexia desde la antropología social”

La investigación doctoral “catalizó” en mí el proyecto de seguir indagando el tema del cuerpo en los jóvenes, ya que estos *pijos* españoles estaban su-

mamente preocupados por la “buena apariencia” corporal e indumentaria que proyectaban en el escenario social. Esta imagen de sí era tan importante para el grupo que condicionaba y regulaba las interacciones, particularmente cuando se mezclaban chicas y chicos. Interesándome por los mecanismos de estas situaciones donde imperaba la seducción, en mi estudio evidencí la obsesión exagerada por la delgadez entre las chicas *pijas* (Tinat, 2005a). En varias de ellas, vislumbré comportamientos y prácticas características de las personas que padecen anorexia nerviosa. Del doctorado nació el tema del post-doctorado: continuar el estudio de los jóvenes de clase media-alta desplazándome de lo “normal” a lo “patológico”, y profundizar la problemática del cuerpo como lugar de inscripción de los fenómenos de sociedad.

¿Cómo se hizo el paso de España a México? La respuesta es poco académica. Algunos días después de titularme, en un seminario en París, encontré fortuitamente a un joven antropólogo mexicano. Nuestro intercambio fue breve pero eficaz. Instalados en un café del barrio latino, hablamos de nuestros respectivos proyectos y él me aseguró: “Claro que hay anorexia en México: hasta abrieron en un hospital llamado ‘Nutrición’ un departamento para este tipo de trastornos”. De esta conversación salí pensativa y soñadora, con mi cuaderno ennegrecido por numerosos contactos que me proporcionó el colega. Ese encuentro me había recordado otro, no menos furtivo, con Carles Feixa Pàmpol, dos años anteriores en Lleida (Cataluña). Este especialista de las tribus urbanas (Feixa Pàmpol, 1996) me había relatado su experiencia con los *chavos banda* en México, y más precisamente con los *fresas* mexicanos, supuestamente homólogos de los *pijas* españoles. Acordándome de este “detalle”, hice solicitudes para tres becas de post-doctorado. La primera aprobada, otorgada por la Fundación Fyssen de París, era la que permitía la realización de la investigación en la ciudad de México.

Como investigadora-huésped del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-DF) y bajo la tutela de Eduardo Menéndez, realicé un estudio sobre “el peso de lo femenino y de lo masculino en la anorexia nerviosa”.⁴ La elección de la problemática partió de la constatación siguiente: considerada como una afección de “moda” o como un trastorno individualizado desde hace más de cien años, la anorexia sigue siendo propia de las mujeres.⁵ Si bien numerosos estudiosos ya habían inten-

⁴ La investigación post-doctoral duró un año: de octubre de 2003 a octubre de 2004.

⁵ Los estudios contemporáneos indican casi unánimemente que la proporción de mujeres que padecen anorexia con respecto a la de hombres es al menos de 9 a 1 —aunque parezca haber cada día más hombres afectados (González, 2000)—.

tado desentrañar esta dimensión femenina en la anorexia,⁶ mi proyecto planteaba una contribución a estas reflexiones desde la antropología social.

La perspectiva adoptada fue la de la antropología de los sexos desarrollada por Françoise Héritier y el principal aparato teórico al que se recurrió fue la “valencia diferencial de los sexos”. Esta valencia o “lugar diferente de los dos sexos en una tabla de valor” expresa una relación conceptual, orientada y siempre jerárquica, entre lo masculino y lo femenino. En sus trabajos sobre el parentesco, Héritier demostró que esta jerarquía masculino/femenino (superior/inferior) hacía eco de las lógicas visibles en el orden de las generaciones (padres/hijos; persona mayor/persona menor) (Héritier, 1996, 2002). El poder de este aparato conceptual es que permite develar diferentes combinaciones entre lo femenino y lo masculino.

El “juego” analítico siguió tres momentos: 1) estudié las representaciones del cuerpo en jóvenes anoréxicas para observar la distribución simbólica de lo femenino y lo masculino; 2) discutí la influencia de dos factores socioculturales, “el culto a la delgadez” y “la evolución del papel de la mujer en la sociedad”; y 3) profundicé el tema de las relaciones de género que rigen las familias de estas jóvenes. Los objetivos principales consistieron en observar cómo surgían las dimensiones de lo masculino y de lo femenino en estos factores (individuales, socioculturales y familiares) y ver cómo emergía esta “valencia diferencial de los sexos” en el trastorno anoréxico. El estudio se fundó en un trabajo de campo en el Instituto Nacional de Nutrición Salvador Zubirán y la clínica Eating Disorders Mexico.⁷ Durante 11 meses, hice tanto observaciones participantes en las consultas y psicoterapias de grupo como entrevistas individuales a profundidad con ocho jóvenes anoréxicas, de procedencia social media-superior y con edades comprendidas entre 13 y 24 años.

Los primeros resultados mostraron que estas jóvenes, que se rehusaban a comer, anhelaban tener un cuerpo “musculoso, ligero, dinámico, caliente, seco (con amenorrea) y controlable”. Bajo un ángulo simbólico y según el discurso aristotélico, estas jóvenes se situaban del lado masculino. En su discurso se notó la voluntad de invertir la valencia diferencial de los sexos. Paralelamente, las jóvenes hicieron también la apología del cuerpo femenino

⁶ Entre los años cuarenta y sesenta, se asoció la anorexia con el temor a la maduración del cuerpo femenino y con el rechazo al embarazo; se contempló también la importancia del papel de la madre en la génesis del trastorno (Kestenberg y Kestenberg, 1998 [1972]:15-17). Más tarde, feministas estadounidenses e inglesas, como Chernin y Orbach, contemplaron a las anoréxicas como las víctimas del patriarcalismo de la sociedad o como las rebeldes de este mismo sistema (Guillemot y Laxenaire 1997:73-77).

⁷ El trabajo de campo duró de noviembre de 2003 a octubre de 2004.

evocando, por ejemplo, el poder genésico. Esto condujo a pensar que su experiencia corporal se inscribía en un espacio entre dos extremos: entre lo femenino y lo masculino, entre la infancia y la edad adulta.

En cuanto a los factores socioculturales, comprobé que “la exhortación a la delgadez” —omnipresente en la capital (anuncios, maniqués en los escaparates, proliferación de productos *light*, etc.)— servía a las anoréxicas de pretexto para justificar su malestar. En cambio, la “evolución del papel de la mujer en la sociedad” constituyó una vía de exploración. A lo largo del siglo XX, las mujeres (mexicanas y otras) lucharon por salir de la esfera doméstica y afirmarse en el espacio público. Si la mayoría de las madres de las jóvenes entrevistadas eran amas de casa, sus hijas, por su parte, expresaron la voluntad de romper con ese destino y poder “compaginar profesión y educación de los hijos”.

La tercera parte sobre las relaciones familiares confirmó las características de las familias de anoréxicas enunciadas por Minuchin y Palazzoli: los límites individuales poco precisos entre los miembros; la sobreprotección de los padres; la “armonía aparente”; y el espíritu de sacrificio (Pomerleau, 2001:48). Más allá de esto, observé también el rechazo de las jóvenes a la dominación de la madre y/o del hermano (mayor o menor), así como a la sumisión del padre frente a la madre.

Lejos de estar desvinculados, estos tres aspectos se alimentan entre sí. Un fermento social y cultural predispone a la eclosión de la anorexia: la mujer encarna cada día más un doble papel (madre y trabajadora) que tiende a invertir las concepciones tradicionales de los roles masculinos y femeninos. Esta influencia global repercute en el núcleo familiar, en donde se observa una disminución de la diferencia de la identidad sexual entre los padres, con una “masculinización de la madre” y una “maternización del padre” (Violettes, 2001:210). Estas confusiones de género en estas familias se reportan por último en las relaciones que las jóvenes anoréxicas mantienen con su cuerpo, inscrito simbólicamente entre lo femenino y lo masculino (Tinat, 2005b).

Gracias a la teoría de Héritier, pude abrir otra vía de interpretación. Más allá de estas confusiones, era preciso hablar de tentativas de invertir “la valencia diferencial de los sexos” en las jóvenes anoréxicas. Estas tentativas fueron descifrables no solamente a través de sus representaciones corporales sino también por medio de las relaciones con su familia. Si las anoréxicas son famosas por ser verdaderas “dictadoras domésticas” (Violettes, 2001:41), la experiencia de campo convalidó esta aserción. Parece que la joven quisiera invertir las jerarquías padre/hija, persona mayor/persona menor, hermano menor/hermana mayor difícilmente invertibles. Quizás estas inversiones de la “valencia diferencial de los sexos” sean otra manera de hablar de la crisis

de adolescencia en la anorexia. Lo cierto es que estas tentativas parecían “abortadas”: en vez de liberarse, estas jóvenes se encerraban en relaciones con el cuerpo y la comida perjudiciales para ellas.

Esta segunda etapa fue tan decisiva para mí como la precedente. Primero, a principios de enero de 2003, tuve la oportunidad de conocer a Françoise Héritier, quien me citó en el Laboratoire d'Anthropologie Sociale.⁸ Así, entré por una asesoría bibliográfica con la intención de afinar mi proyecto, y salí con una propuesta de juntarme al equipo “cuerpo y afectos” dirigido por ella misma. Mi participación como miembro afiliado se ratificó un mes después. Desde aquel entonces, pude disfrutar —y lo sigo disfrutando dos o tres veces al año— del taller-seminario donde nos reunimos unos treinta antropólogos para reflexionar sobre problemáticas relacionadas con el cuerpo y las sexualidades.

Segundo, esta estancia post-doctoral me hizo descubrir un universo de investigadores que difería radicalmente de los que había conocido anteriormente. La asistencia mensual a los seminarios de antropología médica en el CIESAS, los excelentes intercambios con Eduardo Menéndez, así como las múltiples colaboraciones con los médicos especialistas en trastornos alimentarios,⁹ me abrieron un panorama nuevo y distinto del francés. En México, observaba que la antropología era un campo disciplinario bastante generador de empleos y que los antropólogos eran actores legítimos, realizando investigaciones cuyas posibles aplicaciones les llevaban a colaborar con otros especialistas. Frente a un país tan rico y complejo en cuanto a grupos indígenas, una pregunta me torturaba: ¿Cómo podía regresar a Francia, después de un solo año aquí, sin haber tenido una larga experiencia antropológica? Había llegado la hora de ahuyentar el “fantasma” de Goffman, dejar el estudio de los rituales de la burguesía y las pacientes en los hospitales. Con esta inquietud en mente, busqué trabajo en México.

Los años en el Colmich: “una inmersión en la Meseta Tarasca”

La suerte operó porque fui elegida al primer puesto de trabajo al que me presenté. Las malas lenguas expresan: “¡Es normal, a Zamora nadie va!” Y, riéndome, les contesto: “Se lo pierden...”. Desde mi cubículo, donde penetraba

⁸ El Laboratoire d'Anthropologie Sociale del Collège de France fue creado y dirigido por Claude Lévi-Strauss de 1960 a 1981. Françoise Héritier tomó su dirección de 1982 a 1999. Desde este año a la fecha, el actual responsable es Philippe Descola.

⁹ Entre otros, fueron el Dr. Armando Barriguete, el Dr. Eduardo García (INNSZ), el Dr. Alfredo Zúñiga (EDM) y el Dr. Alejandro Caballero (IMP).

el olor a guayabas, podía escuchar a lo lejos el estribillo *La Gua-da-lu-pa-na, La Gua-da-lu-pa-na*, a veces entrecortado por el alta-voz del vendedor de *¡El Gaaaaaaas!* Eso era otro mundo para mí y me he regocijado de tener la oportunidad de vivirlo. Estar en el “aquí y ahora”, poniendo todos los sentidos en alerta y asombrándose por lo “diferente” que ofrece otra cultura, me parece ser una faceta esencial de la vida del antropólogo. Además, situada en la bellísima región de Michoacán, la fea Zamora presenta la ventaja de estar rodeada de pueblos purépechas fascinantes en términos de tradiciones, de organización social, de dinámicas migratorias... El otro privilegio, y no el menor, fue, por supuesto, mi integración a El Colegio de Michoacán como profesora-investigadora del Centro de Estudios Rurales. En esta “especie de monasterio”, según su famoso fundador, Luis González y González (2001 [1998]:183), la vida académica tiene alta calidad y productividad.

El proyecto de investigación, que acompañó mi ingreso a la comunidad colmichiana, tuvo por objeto seguir el estudio de las relaciones que los jóvenes, esta vez de un pueblo de la Meseta Tarasca, podían mantener con el cuerpo y la comida. Mi experiencia anterior me había enseñado que sí existían personas, procedentes del medio rural, que padecían trastornos alimentarios.¹⁰ Ahora bien, pretendía menos indagar la anorexia o la bulimia que ir a tientas y observar qué tipos de factores podían interactuar en la eventual aparición de problemas vinculados con la comida. Armada de los resultados de mi estudio post-doctoral, me planteé dos objetivos: 1) analizar las relaciones de género intrafamiliares de los jóvenes susceptibles de tener una predisposición a desarrollar trastornos alimentarios; y 2) observar en qué medida podían influir en los jóvenes las nuevas imágenes del “cuerpo delgado”, transmitidas por la televisión y/o por la experiencia de los parientes en tierras estadounidenses.

Elegí hacer trabajo de campo en Patamban, Michoacán.¹¹ A pesar de su situación geográfica y étnica, el pueblo me parecía estar bajo el yugo de cierta debilitación de las tradiciones purépechas: por una parte, a diferencia de Ocu-micho, la comunidad vecina, los patambeños ya no llevaban el traje tradicional;¹²

¹⁰ Fue particularmente en el Instituto Nacional de Nutrición Salvador Zubirán donde pude observar estos casos. Para los especialistas del Instituto, los trastornos alimentarios ya no son exclusivos de las zonas urbanas de los países occidentales o en desarrollo sino que se extienden a las zonas rurales. Un estudio, realizado en un medio semi-urbano de la región de Michoacán, demuestra la presencia de cierta predisposición, por parte de adolescentes, a desarrollar trastornos de la conducta alimentaria (Bojórquez y Unikel, 2004:197).

¹¹ Patamban se sitúa a 2 140 m de altitud en la Meseta Tarasca, a 40 minutos de Zamora en automóvil.

¹² Excepto el rebozo negro de rayas azules llevado por las mujeres.

por la otra, de los 3 526 habitantes, solamente dos hablaban exclusivamente la lengua indígena en 2000.¹³ Según Moctezuma Yano (2002:101-102), estos cambios en Patamban se explican por el fenómeno creciente de migración hacia Estados Unidos desde los años ochenta, que ha influido en el estilo de vida de los pueblerinos. Aunque la agricultura y la alfarería siguen rigiendo la vida socio-económica del pueblo, las oportunidades laborales ofrecidas “al otro lado” han modificado el poder adquisitivo de numerosas familias del pueblo. En Patamban, es prestigioso y valorado socialmente tener una casa de cemento, manejar un *pick-up* y ponerse ropa moderna —pantalones de mezclilla, playeras y tenis— para las y los jóvenes. Entre otros, estos primeros datos orientaron mi elección por este pueblo.

Empecé el trabajo de campo en octubre de 2005, acudiendo, primero, tres días a la semana y hasta mayo de 2006, y, luego, de manera más espaciada. Paralelamente a la etnografía general de la comunidad, apliqué un cuestionario denominado *Eating Attitude Test*¹⁴ y realicé entrevistas a profundidad con 12 jóvenes¹⁵ —9 chicas y 3 chicos con edades entre 15 y 26 años— del Colegio de Bachilleres de Patamban. Fuera de estos intercambios formales, estos jóvenes me invitaron a sus casas y participé en distintos eventos... A diferencia de sus compañeros, quienes, después de la secundaria, se ponían a trabajar (en Patamban o en Estados Unidos) y/o se casaban, ellos seguían estudiando para “tener un mejor futuro”. Todos tenían una idea precisa de su futuro oficio soñando con ser ingeniero, enfermera, bióloga... Era interesante el contraste entre la visión de los chicos y la de las chicas: para los primeros, un hombre debía “trabajar para alimentar a la familia” y una mujer “cuidar a los hijos, saber cocinar y tener una casa limpia”. Las segundas querían “trabajar para ser independientes” y ser acompañadas por un marido “responsable” y “presente” en el hogar. Todos tenían por lo menos cinco parientes en Estados Unidos y algunos deseaban ir allá tarde o temprano. De hecho, las entrevistas con una joven se interrumpieron porque se “fue de mojada” a reunirse con sus hermanos en Florida.

Los resultados de esta breve investigación demostraron que era a la vez “fácil y difícil” adelantar que existía una emergencia de los trastornos alimentarios en este contexto. Era “fácil” por las razones siguientes: 1) la puntuación del cuestionario *Eating Attitude Test* destacó que dos chicas po-

¹³ Según los datos del censo de 2000 del Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI).

¹⁴ Este cuestionario, compuesto de 26 ítems, es conocido por detectar los trastornos alimentarios (Garner y Garfinkel, 1979).

¹⁵ Los 12 jóvenes representaban el efectivo total de este Colegio de Bachilleres.

dían padecer trastornos alimentarios; 2) las entrevistas revelaron que algunas jóvenes pensaban en términos de calorías y de dieta, identificando los alimentos con grasa, y que, para todos, la delgadez, tal como la ostentada por las “mujeres de las telenovelas”, era sinónima de belleza y éxito; y 3) gracias al acercamiento etnográfico general, se comprobó que las jóvenes querían romper con algunos valores tradicionales de la comunidad. Ahora bien, si desplazaba el enfoque de las representaciones a las prácticas, era más difícil hablar de una predisposición al desarrollo de los trastornos alimentarios. Como me lo esperaba, nunca apunté prácticas de ayuno, de vómitos autoinducidos o de esfuerzos físicos obsesivos e intensivos. En cambio, sí noté que algunas jóvenes dejaban la tortilla y el pan por miedo a engordar, e iban a correr diario en el campo “para la panza”. Una de ellas se empeñaba aún más en su dieta, pues temía que su novio, al regresar de Estados Unidos, la dejara por “gorda”...

Aunque dos chicas obtuvieron una puntuación elevada en el cuestionario, que marcaba un índice de patología desde un punto de vista médico, y si bien otras dos me explicaron “tener problemas con la comida”, me parecía aventurado afirmar que, en Patamban, algunas jóvenes sufrían un trastorno alimentario. La primera joven sí tenía una obsesión extrema por la delgadez, pero relató también cómo dejó progresivamente de controlar su cuerpo y su comida al casarse y embarazarse. La segunda joven nunca tenía hambre y casi no comía desde que había dejado a su marido, violento con ella, y el domicilio de sus suegros, llevando consigo a su hija de dos años. Ella vinculaba su rechazo a la comida con su condición de “mujer fracasada”. La tercera joven, con problemas de sobrepeso, tenía hiperfagia durante las noches e iba a comer a escondidas. Según ella, había engordado de manera exagerada a los 11 años, cuando había nacido su hermano. En ese momento, recordaba que su padre le repetía que iba a “dejar de considerarla como su hijo”. La cuarta joven, muy delgada, hacía abdominales cada día en su habitación. Hija menor de la familia, vinculaba su obsesión con la autoridad de su padre, quien le impedía que hablara con muchachos del pueblo. Nunca podía salir sola de la casa, excepto para ir a la iglesia.

Desde las concepciones médicas occidentales, resaltaban, en el perfil de estas jóvenes, balbuceos de trastornos alimentarios. Sin embargo, desde su punto de vista y el de su medio cultural, las etiquetas de “anoréxicas” o “bulímicas” me parecían fuera de contexto. Para mí, lo llamativo era encontrar de nuevo esta correspondencia entre estos comportamientos alimentarios más o menos desordenados y las dificultades en estas jóvenes para aceptar un lugar —el de mujer, de hija e hija menor— que les asignaban la familia y/o la comunidad.

Más arriba de estos problemas de “posicionamientos”, me pareció estar, entre otros fenómenos,¹⁶ el de la migración. Además de acarrear nuevas representaciones sobre los hábitos alimentarios y la imagen corporal, las migraciones a Estados Unidos van modificando las estructuras familiares. Como ilustración de eso, puedo mencionar el caso paradigmático de una mujer, madre de una de las cuatro jóvenes mencionadas anteriormente. Ella resumía su situación con la fórmula siguiente: “Soy una mujer, una madre y un padre”. Su marido estaba en California y le mandaba muy irregularmente remesas. Para mantener a sus cuatro hijos, se había puesto a trabajar en contra de la voluntad de su marido. Cuando éste regresó, ella no quiso renunciar a su trabajo. Frente a esta nueva situación, que implicaba la pérdida de su papel de proveedor económico único, el marido, según la informante, “se enfermó” y se deprimió “cayendo en el alcoholismo”. Historias como ésta no tienen ningún carácter excepcional en cualquier pueblo. La razón que me lleva a exponerla es que esta experiencia en Michoacán, de índole exploratoria, no dejó de nutrir en mí el deseo de seguir estudiando las manifestaciones y consecuencias de estas tentativas de inversiones de la “valencia diferencial de los sexos” para retomar el concepto de Héritier.

Esta tercera etapa fue tan fructífera como las dos anteriores. Primero, inicié un trabajo de campo que me permitió un acercamiento a otras realidades sociales y culturales en México. Profundicé particularmente dos temáticas: la evolución de las relaciones de género y la migración hacia Estados Unidos. ¿Es porque yo misma soy “migrante” y mujer que las mujeres me han entregado tan fácilmente sus historias? Quizás. Al contrario, los hombres no parecían ubicarme como mujer al aceptar que, por ejemplo, estuviera entre ellos, observando las peleas de gallos (prohibidas a las mujeres) y apostando por alguno. Los jóvenes tampoco ahorraron sus palabras conmigo: me contaron sus ritos de masculinidad, por ejemplo la manera en que integraban a un nuevo miembro en su banda. A lo largo de los meses, mi diario de campo fue enriqueciéndose y, hasta la fecha, todavía no he desentrañado esta inmersión en el mundo rural, que pienso proseguir en un futuro cercano.

Segundo, fueron dos años intensos, de mucho intercambio y colaboración con los colegas y estudiantes del Colmich. Como toda principiante, me fui familiarizando con el trabajo de investigadora, esta vez como asesora y lectora de los estudios de los demás. Esta otra faceta de la investigación implica nuevos desafíos: la transmisión de la pasión y del saber, así como la

¹⁶ Cabe precisar “entre otros fenómenos”, porque entran por supuesto otros factores, no contemplados aquí y que no dependen de la migración sino, más bien, del proceso de modernización económica y social del país.

distancia crítica frente a los escritos. Los compañeros del Centro de Estudios Rurales y otros actores clave, como Gail Mummert, me han apoyado en este proceso. En un momento en que no buscaba otra opción laboral, un día de noviembre de 2006, un joven antropólogo, esta vez francés, me afirmó: “Te he mandado una convocatoria del Colmex. Me parece que corresponde con tu perfil...”.

La llegada al Colmex: “Bulimia, sexualidad y género”

Proponerse estudiar las tentativas de inversiones de la “valencia diferencial de los sexos” puede parecer una empresa a la vez sencilla y escabrosa. Por todas partes, hay inversiones: mujeres que toman el lugar de los hombres, y hombres el de las mujeres; hijos que encarnan el papel de los padres, y padres el de los hijos... Los juegos de poder están imbricados en las menores palpitations de la vida cotidiana. Antes de pasar a otras problemáticas, mi proyecto actual consiste en seguir profundizando cómo estas inversiones están inscritas en los trastornos alimentarios, y más precisamente en la bulimia.

En esta nueva investigación, quisiera analizar las relaciones entre sexualidad y género en las personas —jóvenes y adultas— que padecen bulimia, en la ciudad de México. Como bien se sabe, lo que caracteriza el trastorno es la crisis de bulimia, es decir, una pérdida de control expresada por la ingestión, en un tiempo limitado, de una enorme cantidad de comida, seguida o no por vómitos provocados y/o una toma de laxantes. Esta relación con la comida corre paralela a una relación con el cuerpo: como en la anorexia, la persona “bulímica” tiene un miedo intenso a engordar y aborrece su imagen corporal. Asimismo, muchas veces, se automutila y siente la necesidad de limpiar el interior de su cuerpo. Otro aspecto importante: la sexualidad “devoradora” en la bulimia es vivida como un problema donde el individuo la reprime por moralidad, o bien la satisface por su necesidad irreprimible e incontrolable. El especialista Brusset escribe: “La bulimia aparece como el caso extremo de la gula, que es la imagen bíblica del pecado original y uno de los siete pecados capitales, el contrario de las virtudes y méritos que, en todas las religiones, se esperan del ayuno” (Brusset, 1991:7). La sexualidad del individuo bulímico se inscribe en esta dialéctica de lo controlable vs. lo incontrolable, de la moralidad vs. el pecado.

Como la anorexia, la bulimia concierne principalmente a las mujeres. Además de constatar que la afección es propia del género femenino, los especialistas coinciden en que las mujeres jóvenes y/o adultas con bulimia suelen tener relaciones inestables con los miembros de su familia o de su entorno, y

particularmente con el sexo opuesto. Muchas veces, las personas bulímicas se encuentran sumergidas en una constelación familiar y de relaciones sociales donde lo femenino predomina y lo masculino plantea “problemas”, donde los límites individuales y generacionales son confusos (Andrieu y Vernier, 2000:33-39). En las historias de las personas bulímicas, surgen a menudo el incesto y el abuso sexual, vividos de manera real o imaginaria, fácilmente vinculables a la diferencia de los sexos y de las generaciones.

Este conjunto de elementos, que pinta a grandes rasgos algunos de los múltiples comportamientos de las personas bulímicas, me permite formular la hipótesis central de esta nueva investigación: la bulimia está vinculada con una aprehensión problemática de la diferencia de los sexos, que es legible de manera simbólica en la relación comida-cuerpo-sexualidad y está presente en el discurso del individuo acerca de sus relaciones interpersonales y de género, en los círculos familiares y amistosos. En otros términos, mi idea es comprobar que las relaciones excesivas que estas personas mantienen con la comida y la sexualidad son, entre otras cosas, el símbolo y el reflejo de una voluntad de invertir jerarquías de género y de generación.

En este proyecto, me propongo dos objetivos precisos. Primero, analizaré las representaciones y las prácticas relacionadas con la comida, el cuerpo y la sexualidad de las personas, jóvenes y adultas, con la intención de dar una interpretación simbólica. Entre otras preguntas de partida, planteo: ¿Cómo viven las crisis de bulimia, los vómitos? ¿Qué simbolizan para estas personas las prácticas de maltrato como la escarificación? ¿Cómo manejan su compulsión al acto sexual? ¿Qué ventajas e inconvenientes atribuyen al cuerpo femenino/masculino frente al cuerpo del sexo opuesto? Para el segundo objetivo, profundizaré la dimensión de las relaciones de género y de poder entre las generaciones en las familias y los entornos cercanos de las personas que padecen bulimia. Las entrevistas se enfocarán en la percepción de sus relaciones con estos diferentes actores y en las actividades que comparten con ellos.

El trabajo de campo de este estudio empezará en el transcurso del primer semestre de 2008. De la misma manera que en las investigaciones anteriores, mi intención es entrecruzar los dos métodos de la observación participante (de posibles terapias) y de las entrevistas a profundidad. En la medida de lo posible, me acercaré a dos tipos de personas que padecen bulimia: 1) las que están entre las manos de instituciones médicas y, para eso, me remitiré a mis colegas médicos con los que colaboré hace tres años; y 2) las que han terminado una terapia o que nunca participaron en tal proceso. Este segundo tipo de personas es difícil de encontrar: la bulimia, como la anorexia, son trastornos mantenidos en secreto. Lo importante es que, inmersa o no en hos-

pitales, la investigadora en ciencias sociales encuentre la justa medida para aproximarse y alejarse del punto de vista médico. La bulimia, al igual que la anorexia, son y no son enfermedades: depende de si nos ubicamos del lado del terapeuta o del lado del paciente.

Otra vez, mi intención será intentar entender y sentir la experiencia vivida por estas personas entrevistadas. La búsqueda de empatía, aunque difícil en el caso de un comportamiento “patológico”, es característica de la perspectiva antropológica, la cual nuevamente constituirá la primera base disciplinar de este estudio. El anclaje en la antropología se justificará aun más cuando el estudio se acerque a las representaciones corporales (humores y sustancias) y a las estructuras familiares y de parentesco, en una tentativa de develar “características invariables” o “*invariants*” en los términos de Lévi-Strauss y Hérítier. La segunda base disciplinar será la sociología: aunque desee abordar la bulimia como un trastorno, parte de cuyas manifestaciones son *a priori* idénticas en cualquier contexto, será imprescindible analizar, a partir de los casos estudiados, los factores socioculturales y las “metamorfosis sociales” conocidos por la sociedad mexicana y que propician la aparición del trastorno. Por último, mi investigación se inspirará en diversas perspectivas teóricas de género. Para dar un solo ejemplo, más allá de la valencia diferencial de los sexos, estudiaré los traslapes de género a partir de autores como Judith Butler para ver hasta qué punto, en la bulimia, “el género está en disputa”.

A la hora de escribir estas líneas, estoy empezando esta cuarta etapa, y, por lo tanto, me falta distancia para valorarla. Lo único que puedo afirmar es que el ingreso a El Colegio de México despierta en mí nuevos retos, aviva el bullicio de ideas y proyectos que tengo en mente. Mido la suerte de haberme integrado a una institución tan prestigiosa. ¿Qué más podía desear que estar rodeada de sociólogos y antropólogos, así como de especialistas de género para llevar a cabo, en las mejores condiciones, mis futuras investigaciones? Estoy convencida de que la colaboración con estos últimos actores, en una operación de “don y contradon”, me permitirá seguir forjando este *habitus* de investigadora.

Consideraciones finales

La meta principal de esta “retrospectiva” ha sido ofrecer al lector una degustación de cada investigación que realicé o que está en curso. A partir de esto, quisiera ahora menos referir mi experiencia que resumir en pocas palabras lo que me parece central cuando una “hace sus pininos” en la investigación. A mi juicio, no hay estudio que valga la pena sin una buena dosis de “curio-

sidad”, de “empeño” y de “entusiasmo” o de “pasión” por los temas que elegimos. Creo también imprescindible moverse en distintos espacios académicos para provocar los “encuentros” y las “oportunidades”. Como en otros oficios, en la investigación, es imperativo conectar espacios y redes. He salpicado estas líneas de nombres de personas más o menos famosas en el mundo de la antropología y de la sociología: todos nosotros tenemos anécdotas semejantes. Esta herencia de “capital simbólico” por parte de los “grandes”, a la vez real e ilusoria, sin ser el ingrediente principal, va construyendo nuestro propio itinerario de investigación.

Recibido y revisado: octubre, 2007

Correspondencia: Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer/Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México/Camino al Ajusco 20/Pedregal de Sta. Teresa/C. P. 10740/México, D. F./correo electrónico: ktinat@colmex.mx

Bibliografía

- Andrieu, Jean-Bernard y Phanie Vernier (2000), “Un cas clinique de boulimie”, *Groupal. Revue de psychanalyse groupale et familiale*, número dedicado a *Anorexie et boulimie*, París, núm. 7.
- Bennassar, Bartolomé y Bernard Bessière (1991), *Le défi espagnol*, Besançon, Editions La Manufacture.
- Bojórquez, Ietza y Claudia Unikel (2004), “Presence of Disordered Eating among Mexican Teenage Women from a semi-urban Area: its relation to the cultural hypothesis”, *European Eating Disorders Review*, núm. 12, pp. 197-202.
- Bourdieu, Pierre (1998), *La domination masculine*, París, Seuil.
- Boutaud, Jean-Jacques (1998), *Sémiotique et communication. Du signe au sens*, París, L'Harmattan.
- Brusset, Bernard (1991), *La Boulimie. Monographies de la revue française de psychanalyse*, París, PUF.
- Feixa Pàmpols, Carles (1996), *De jóvenes, bandas y tribus*, Barcelona, Ariel.
- Garner, David y Paul Garfinkel (1979), “The Eating Attitude Test: An index of the symptoms of anorexia nervosa”, *Psychological Medicine*, vol. 9, núm. 22, pp. 273-279.
- González, Margarita Esther (2000), *Anorexia y bulimia. Los desórdenes en el comer*, México, Norma Ediciones.
- González y González, Luis (2001) [1998], *Difusión de la historia*, México, Clío.
- Guillemot, Anne y Michel Laxenaire (1997), *Anorexie mentale et boulimie. Le poids de la culture*, París, Masson.

- Héritier, Françoise (2002), *Masculin/Féminin II. Dissoudre la hiérarchie*, París, Odile Jacob.
- (1996), *Masculin/Féminin. La pensée de la différence*, París, Odile Jacob.
- Kestemberg, Evelyne y Jean Kestemberg (1998) [1972], *La faim et le corps*, París, PUF.
- Mauss, Marcel (1979) [1950], *Sociología y Antropología*, Madrid, Editorial Tecnos.
- Moctezuma Yano, Patricia (2002), *Artisanos y artesanías frente a la globalización: Zipiajo, Patamban y Tonalá*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Pomerleau, Guy (2001), *Démystifier les maladies mentales. Anorexie et boulimie*, Québec, Gaëtan Morin.
- Tinat, Karine (2005a), “The Spanish Fiesta. The theatricality of a night club in Madrid”, *Paideuma. Mitteilungen zur Kulturkunde*, Frankfurt, núm. 51, pp. 235-245.
- (2005b), “Aproximación antropológica de las relaciones entre anorexia nerviosa y feminidad”, *Psicología Iberoamericana*, México, D. F., vol. 13, núm. 2, pp. 104-114.
- (2004), “Pijos/as. Una cultura juvenil de identidad social fluctuante”, *Revista de estudios de juventud*, Madrid, núm. 64, marzo, pp. 67-74.
- Vialettes, Bernard (2001), *L'anorexie mentale, une déraison philosophique*, París, L'Harmattan.
- Winkin, Yves (2002), “Propositions pour une anthropologie de l'enchantement”, en Paul Rasse, Nancy Midol y Fathi Triki (dirs.), *Unité-Diversité. Les identités culturelles dans le jeu de la mondialisation*, París, L'Harmattan, pp. 169-179.
- (1996), *Anthropologie de la communication. De la théorie au terrain*, Bruselas, De Boeck Université.